

JUAN RAFAEL MENA

VETE A MADRID



Se canta lo que se pierde.

Antonio Machado

1. Un rincón visitado por la musa

Ese adolescente pasa horas absortas en el fondo de la lectura. Las hojas de los libros son para él como esas mitológicas sirenas que atraían poderosamente a los navegantes. Se sumerge en el agua fresca de la lectura como a la sombra de un verano de ardiente plomo. Los libros que lee son las verdaderas habitaciones hacia las que huye cuando el ruido de los acontecimientos o cuando el atropello de las circunstancias lo empujan a ese exilio involuntario del que lo tiene que recuperar la voz como agujereada por los catarros de su madre:

—Hijo, el almuerzo.

—Ya voy, madre. Esperaré a que se enfríe.

En un extremo de la abacería que atiende está su siempre deseado rincón con una mesa y una silla; sobre la mesa unos cuantos libros, un haz de cuartillas y un bolígrafo; entre los libros, un tratado de preceptiva literaria de segunda mano, comprada a un vecino que ha dejado de estudiar el bachillerato... Cuando los amigos del barrio se han enterado de que el muchacho de la Esquina del Gordo escribe poesías, le regalan los manuales de literatura, ya que ellos han aprobado la reválida de cuarto año. Más adelante, ha recibido de ellos mismos dos antologías. Manolín Zaldívar y su primo Fernando Ubanet han hablado de él a su profesor Antonio González Muñoz, que da clases de lengua y literatura en la Academia O'Dogherty; el profesor manifiesta que desea conocerlo y, por medio de esos

dos alumnos, lo ha citado en su casa de la calle Velázquez, apenas pasada la tienda de La Cita.

Lo intenta pero no puede poner en orden sus nervios pensando en la visita al profesor que lo espera una tarde de sábado, cuando juguetea con una revuelta de papeles en la Esquina el viento de levante, encendido por el fuego del ocaso que se ve en el fondo del callejón de Chaves, y camina hacia el domicilio que él imagina como isla del tesoro de los libros. Lo mismo que ahora lleva unos poemas, recuerda que hace unos años iba a la puerta del Teatro de las Cortes a intercambiar tebeos; luego se volvía a su casa y, después del almuerzo, regresaba de nuevo al Teatro, sobre las tres de la tarde, para ver la sesión de cine infantil, donde se veía con algunos condiscípulos que fueron del colegio de doña Emilia y ahora con otros del Centro Obrero.

Se recrudece aquel nerviosismo de cuando fue meses atrás a casa de don Gabriel González Camoyano. Doña Emilia, su esposa, se quedó sorprendida ante aquel muchacho que le llevaba poesías, nada menos que a don Gabriel, el poeta más considerado de La Isla de las Araucarias, y al que ve, tras los cristales de la puerta de su tienda, pasar frecuentemente en la ida y venida del convento carmelitano.

Don Gabriel le ha escrito a la patrona de la Marina muchos versos, incluso una lira editada que le dedicó de su puño y letra a él cuando fue a visitarlo por vez primera. Doña Emilia se quedó un poco, o tal vez un mucho, desconcertada cuando le dijo que le traía unas poesías a su marido, el poeta oficial de la Isla del puente de Zuazo, para que le diese su tan valioso parecer.

—¿Tú, el más travieso de la clase?

Cuando el poeta en cierne llega a casa de Antonio, que cuenta ya unos cuantos años en la enseñanza, cree estar en un rincón del paraíso libresco. El profesor, viéndolo entre la intriga y el anhelo de paternidad literaria, le dice que se llevase algunos sin prisa para devolvérselos: *Los poemas del toro*, de Rafael Morales, los *Sonetos de la bahía*, de José Luis Cano, *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández, *Cantos de vida y esperanza* de Rubén Darío..., son los primeros. Por esa misma fecha, Manuel Zaldívar, tío de Manolín, le ha prestado un grueso tomo con las obras completas de Federico García Lorca y *La araña negra* de Vicente Blasco Ibáñez; pero la revista *Sissi* es la que rapta y retiene galantemente sus ojos primaverales, que empiezan a ser poéticos; ella fue la que hizo brotar del alma del joven el primer manantío oculto de poesía, el primer caño de versos que lavó su mirada de las vulgaridades diarias; rutinas que oxidan la inocencia de los días. Antonio, con su psicología de profesor, mira al joven detenidamente y observa en él una ingenuidad y una sencillez que lo conmueven.

—Me gusta tu llaneza, muchacho. Me da buen olor la gente llana como tú, y más si esa gente va a dedicarse a escribir —le comenta el profesor con una sonrisa que despliega satisfacción.

—Antonio, qué cántico este de San Juan de la Cruz —exclama el joven con actitud estupefacta sobre una página de la obra del poeta carmelita, donde su mirada ha caído como imposible de hacerla levantar.

—Sí, es el *Cántico espiritual*.

—Me gustaría escribir un cántico como éste, Antonio.

—Anda, tú eres ya un cántico en primicias, chiquillo, con ese asombro que a mí me da gozo, porque el asombro siempre promete y es semilla de futuro.

A partir de aquella tarde de sábado, mientras iba de regreso para La Esquina, pasado el calle de los Palos, al fondo de la calle Real, hacia El Carmen, el campanario del convento, estriado por las rojeces del crepúsculo, me detuvo la mirada y me sentí rebautizado por las aguas puras de ese Cántico, pero, por humildad, lo rebajé a Cántigo, más popular, para no ser igual que el título de la obra del santo y, además, llano, como me definió Antonio. Desde ahora soy Cántigo Llano. Gracias, Antonio, por ese padrinzago. Desde ahora soy un otro pegado al de la realidad como un hermano gemelo que lo lleva de lazarillo de sueños por entre los pedruscos y matorrales de la vida de cada día escorándose al dique de sombras del anochecer.

La revista *Sissi* trae en una de sus páginas un poema con un dibujo alusivo al contenido. Cántigo hojea estas revistas con un temblor que se le antoja romántico. Estos poemas despertaron en él un extraño deseo de encarcelar palabras elegidas por su eufonía o por su significado onírico en la rigurosa cárcel de una estrofa cuyos barrotes él aún no sabía cincelar. A fuerza de leer, la música de los versos se aquerenció en su oído y, desde entonces, Cántigo escribe endecasílabos unos tras otros, alineados como los esteros veraniegos ya desbordados de sal.

A un lado del mostrador, una pequeña torre de mace-tas jardineras superpuestas, unas encajadas en otras como

un alto turbante; un lebrillo colmado de paquetitos de alhucema en el centro del puesto y unos jarrones con flores artificiales, esbeltos como mozas con las manos ajustándose las caderas; se le llama puesto pero es una tienda grande, casi una abacería; claro que, por la humildad de sus artículos entre la fruta y el barro, se le llama puesto por costumbre en el bullicioso mundo de las tiendas de barrio donde surgen tertulias ocasionales de mujeres sobre los desgastados mostradores de madera que van perdiendo su color original por el roce del trajín de manos y mercancías.

Bajo el grifo hay unas cuantas macetas plantadas con geranios y aspidistras. Cántigo las cuida y las vende, si a alguien le llama la atención. Como desde un palco de polvo, una fila de cantarillas observa uniforme y monótona la tranquilidad anacrónica del despacho.

Se va acrecentado el silencio de una parte a otra en forma diagonal por una escala de polvillo luminoso cuando ya el mediodía se despereza bajo la carpa azulina del cielo isleño.

—Cántigo, ¿cuándo vas a venir?

—Voy, madre.

La madre de Cántigo es una mujer que ya ha pasado la frontera de los cincuenta y camina con dificultades porque el asma le atenaza los bronquios debido a los muchos catarros, de cuando la venta de churros; tiene la voz rota, deshilachada y falta de vibraciones, el asma misma que también padecen Beatriz la de la Misteriosa y Angelita Almeida, dos vecinas de la misma edad que su madre, clientas de toda la vida.

La madre de Cántigo tiene rijas en los ojos; las llama ella así porque se lo ha dicho don José Benavente, el médico que le cuidó la vista de Cántigo cuando era niño. «Ah, Dios mío, cuántas penas», dice, y deja escapar una lágrima clandestina y fugaz: su marido falleció cuando Cántigo tenía poco más de un año, trece meses, después de morir la hermana pequeñita del joven.

Ahora, con otra hermana mayor que él y su madre, viven de lo que da el despacho de frutas y macetas, cantarillas, anafes, que aún se venden, y otros artículos afines para los quehaceres cotidianos de la casa, como el mazo de escobas que trae Chano, hermano de Pepín, su amigo y compañero del tute; una tienda grande como un almacén con estanterías defendido por un mostrador en forma de ángulo recto, abocado al borde de esa Esquina, antigua de Borriqueros... ¿Por qué se le llamaba así? ¿Se alquilaban borricos para arrastrar los carros de los variados menesteres de transporte entonces, como los de las salinas y las huertas? Pero ahora son todavía necesarios esos carros y borricos en el palenque donde Antonio Román subasta las frutas y hortalizas, aunque se rumorea que pronto aparecerán unos vehículos llamados motocarros que agilizarán el transporte desde el mercado a las tiendas.

La vetustez de la Esquina se acompasa bien, por su antigüedad, hacia abajo, con la de la carbonería de Paquito, donde se compra el carbón, ya un poco en retirada con la lenta invasión de los infernillos de petróleo, combustible mágico para la cocina que se vende en la droguería El Carmen; pero todavía el picón para los braseros abandera su protagonismo en esa otra esquina acostumbrada a las colas

en las tardes de invierno, las mismas que ven cuando el trole del tranvía, al doblar la curva del Gordo, suelta con ira un chispazo que enciende la fantasía de los jóvenes y estremece por un instante a los mayores.

Los mariscadores, sentados en el escalón del puesto de Amalia, la madre de Cántigo, conversan y bromean cuando el mal tiempo de lluvia y el viento de un levante feroz no les permiten salir a la mar de bajura; comentan, fuman, alguno cantínea. Hay quien va de vez en cuando al güichi, que es un bar de barrio, a tomar el vasito de vino. Los mariscadores se cuentan sus historias, todas ellas verdaderas de estrecheces y fatiga cotidianas, arrastradas como un palangre vacío en las malas horas de la bajamar en el puente de Zuazo, en la Clica, en Gallineras o en el Zaporito. Los mariscadores saben del tiempo por las circunvalaciones de las nubes en torno a la luna:

—¡Oé, no va a llové na esta semana santa! —exclama uno de los mariscadores que paran en la Esquina.

—Se va a hundí too er cielo de tantísima agua —remata otro.

No sólo mariscadores se sientan en el deseado escalón que sirve de mirador de la calle Real hasta el colegio de las monjas; también alivian su cansancio en ese concurrido escalón jubilados de la Constructora y de la Carraca que ven venir allá por la Casa Honda a Mangolo, que trae sobre el rodete de su cabeza un ataúd (¿blanco y pequeño para niños, blanco y mayor para jovencitas o grande y negro para adultos?) y ello interrumpe, como ave de mal agüero, el divertido cruce ocioso de coloquios de esta Esquina, que da paso a las Callejuelas enchinadas, en tránsito continuo

de esa vecindad que le pone color cuando pulula de entrada y salida de los patios, a las tiendas, a los güichis, de subida y bajada a la calle Real, como la riada de bicicletas de los obreros que vienen pasadas las seis de la tarde de la factoría del Consejo, como se le llama en el decir popular, lo mismo que por la acera de enfrente, a la altura de la Carpintería del Muerto, paran autobuses de donde descienden los empleados del Consejo y de la Constructora. Uno de ellos es don Germán Caos Roldán, un hombre de porte señorial, con fisonomía céltica y exquisita educación. Escribe y es, con Pepe González Barba, un contable de Marina, dos hombres que dan vida al alma de la cultura de La Isla, como se le llama entrañablemente a la ciudad desde el puente de Zuazo a la Ardila. Antonio González Muñoz le ha hablado al joven poeta de estos escritores de la tierra y de una mujer que escribe llamada Concha Pérez Baturone.

Tiene Antonio una foto de una lectura de algunos de esos escritores en un día de una Semana Cultural Lasaliana, entre los que está él también leyendo su trabajo en el patio muy concurrido de atentos espectadores sentados en sillas de tijeras.

Cántigo mira el entorno, como el mendigo que se siente aislado en su islote de desventuras, a pesar de que ya han pasado los años de las cartillas de racionamiento, si se entera de que en algunas casas no hay bocado que llevarse a la boca desconsolada del hambre, así como el abuso involuntario de la paciencia del ditero que hacen las vecinas del patio de junto, cuando Joselito posa sobre el brocal del pozo su enorme canasto con cacharros de cocina, paños y otros objetos domésticos.

En la barbería de Jezule se comenta con tono muy discreto la revolución de un tal Fidel Castro en Cuba. A Jezule no le hace ninguna gracia que se insinúe, que se asome por la rendija de la conversación una palabra con entrecejo político, por ello no presenta buena cara a los clientes que también son contertulios... Algunas veces, alguien deja fluir, con no poco temor, una frase tácita, que se da por sobreentendida refiriéndose a Franco: «Cuando se muera el viejo, ¿qué va a pasar en España?».

Se comenta la pena y la esperanza de los que empiezan a emigrar fuera de la piel de toro a buscar trabajo a Alemania, a Holanda, a Francia... La cara de la miseria se estira más dramática todavía con algunos colilleros que vienen a la concurrida Esquina y los mendigos que pasan por el puesto los sábados, entre los que destaca, bajita y rechoncha, la Gabriela, a por su perra gorda o tres chicas, un vejete de Medina Sidonia, que dice con expresión lastimosa ser padre de muchos hijos, como si dijera que qué se le va a hacer...

Hay días que se vende muy pocas macetas, paquetitos de alhucema, o un sobrecito de tisana para “aliviar las barrigas estropeadas de las viejas”, o una bolsita de tila para la pereza del sueño a los que a la hora de dormir se les hace un desierto la noche, por ejemplo, los solterones, que no tienen una mujer que llevarse al corazón, las mal casadas que “ya duermen solas como las viudas en las sábanas por calentar”, como se suele decir en el puesto; en fin, el universo abarrocado de todas las cosas entremezcladas que quieren sobrevivir en su pupila de poeta de barrio con los manidos perfiles provincianos. Es la fruta y la verdura que se trae del palenque lo que mantiene el negocio, siempre en el precipicio de la precariedad de los tiempos. A

Cántigo no le va a tocar la quiniela como a Bernardo, un trabajador de la huerta de las monjas, agraciado con un millón de pesetas que le quitó gozosamente del cuello el yugo diario del trabajo.

Cántigo, silencioso siempre como la estatua de la Plazuela, mira el ir y venir de las vecinas del barrio, los sábados con la salve sabatina, los domingos con misa a todas horas de la mañana en la iglesia conventual del Carmen, el padre Juan Bautista tocando el armonio como un Bach de las mañanas dominicales, confesor de solteras y casadas que también le consultan sobre la censura de las películas que se cuelgan en un tablón de la puerta de entrada a la iglesia; matización con sutileza en un límite tolerado de la moral cristiana. El padre Mateo de santa Teresa con sus atractivas homilías de misa, tan concurrida, de una de la tarde de los domingos, que es la misa de la gente bien, tan diferente de la misa de ocho de la mañana del padre Luis, misa de gente de barrio, a la que va Cántigo. El padre Eduardo Molina, párroco, hombre sonriente y ceremonioso que estira la amabilidad hasta lo indecible, detrás de los visillos del cierre adosado a la fachada lateral de la iglesia...

Cántigo, siempre silencioso, siempre testigo mudo de esta Esquina de los mariscadores, donde algún picadito de viruelas, versión coplera del sarasa, vende lotería clandestina al oído de los transeúntes. Con el poema a medio parir en el seno latente del corazón romántico e ingenuo, devoto de Jesús de Medinaceli, al que su madre ofreció unos ojitos de plata si Cántigo salvaba la vista cuando niño; también del Nazareno y la Virgen de los Dolores, a los que acompaña jubiloso dentro de la túnica morada con

su cíngulo amarillo en esa madrugada que es la madrugada más despierta y poblada de La Isla carraqueña, por generaciones ya, Nazarena. Cántigo se asoma por el barandal de un sueño y se olvida que se crió un poco enfermizo, como la hierbabuena en las latas de conserva que se ponen en los rincones de los patios; si le da mucho el levante, se quema por los bordes y ya no hay hierbabuena para el puchero, como dice María la jerezana, que viene, en contadas ocasiones, a la tienda siempre con mucha bulla porque, como vende agua de sus dos altos bidones, no puede dejar aquello solo, ya que Florencio, su pareja, no pone orden en la cola y, por ello, él se encarga más bien de comprar víveres y traer el café crudo a la tienda de ultramarinos El Gordo para que Cayetano, siempre amable con su público, se lo tueste, y el aroma entonces soborna el olfato de los concurrentes en la tienda. Y en la Esquina del Gordo o viniendo desde la barbería de Jezule, pasando por la verja de la entrada particular de la tienda de ultramarinos, el aroma cautiva a los que incluso tienen prohibido el café debido a su desmandada tensión arterial; y ese aroma nada tiene que ver con el de las granzas que en el bar mellizo de la tienda Antoñí, el dependiente, le da a algunas vecinas de patio que se arriman al extremo del mostrador como disimulando su necesidad de tomar algo caliente que le dé los buenos días a su estómago.

Pero Cántigo se contenta con un poco de sol en la azotea. Dice el médico don José Benavente que salga al aire puro, pero que no se deje deslumbrar la vista por ese sol, un sol destellante que Cántigo acata como a rey cruel y déspota, enceguecedor de calles y pretiles con su oro diluido y quemante, viene a entender Cántigo, puesto que

todo lo que oye lo traduce a sus palabras seleccionadas en el pulcro estante de sus preferencias léxicas.

Desde la azotea Cántigo ve el panorama que ciñe su horizonte cotidiano: la araucaria del huerto de Togores, las palmeras de la huerta de Cervera, los esteros próximos a la Vaera, la calina limítrofe de Medina y Chiclana, los eucaliptos del Canal y los ecos de la vía del tren como si subieran por la cañada de la huerta de Chaves. Por la calle Real adelante, en los bordes de las aceras, séquito de árboles sobre cuyo nombre nadie se pone de acuerdo —si castaños de Indias, si madroños, si arbustos de acacias, si platanales, nadie lo tiene claro—; árboles que dan compañía a la carretera desde la acera del colegio de las monjas hasta la Ardila. Los entierros, los caballos con su carroza negra, precedidos del padre Anelo con dos monaguillos y ciriales a ambos lados, detrás el acompañamiento de los dolientes, como apéndice doloroso del féretro camino del cementerio; en la esquina del bar La Bahía, a ambos lados de la acera, el acompañamiento de despide, con una respetuosa inclinación de cabeza, de los familiares, consternados, que, entre la huerta de Caramé y la de Zambonino, siguen en el cortejo hasta el mismo camposanto, por esa calle con fondo de postal de romanticismo sepia, irónicamente bella, con árboles como sucesivas plañideras a ambos lados y alimentados por el agua de una acequia longitudinal para desagüe de las lluvias, ya en territorio de un silencio macizo y sagrado.

En el año en que se envió al satélite selenita el primer Sputnik, desaparecen los entierros con carroza y el tranvía, y Cántigo va con su madre a comprarse unos pantalones largos, por aquello de las piernas feas con tanto vello, a la

tienda de los Domínguez; precisamente en ese tranvía en trance de desaparición, de lo que daban cumplida cuenta las coplas de Carnaval, en las que también aparecieron rusos y americanos por aquello de la conquista de la luna. La calle Real, a pesar de que se modernice sustituyendo clásicas arquitecturas isleñas con unas construcciones funcionales, no pierde a sus pregoneros de mariscos como el Maloyo, ¡Palosnervios!, Manolo el gitano voceando sus delicias marisqueras desde Casa Barón a la Plaza del Rey, carteles en los escaparates de los comercios en los que se anuncian actuaciones en el Teatro de las Cortes de artistas locales distribuidos en varios grupos de aficionados en la canción, el baile, romanzas de zarzuela, el cante y la representación escénica.

Cántigo, cuántas cosas has visto desde esta azotea... Cuando erais niños Joaquín, Ramón y tú subíais a mirar, a envolveros en los soles de un mediodía que arrastra su lengua de vidrio y calor por el musgo de los pretiles y la claraboya que daba a la cocina de María la Careta con sus cristales turbios y estriados; como aparecierais vosotros de entre la ropa de la azotea, Maquiqui o María del Carmen Lanceta os gritaban para que bajaseis y os dejarais de hacer tonterías caminando peligrosamente por esos pretiles húmedos del rocío mañanero...

Pero qué hermosos y rectilíneos los esteros como láminas al sol, relucientes como cota de mallas, como techos metálicos acaparando oleadas de sol veraniego, acaudalando brillos delirantes de cara a las Callejuelas, despilfarrando claridades generosas por los balcones, los cierros y los patios de la calle Alsedo, o la otra calle,

hermana mayor de las Callejuelas, la del Carmen. Cuántas macetas has vendido tú, Cántigo, a esa gente que vive por los alrededores, como esa clienta asidua llamada Carmen Mariana, con su parte de patio que le corresponde poblada de esos tiestos entrañables para ella. Geranios, claveles, aspidistras, hierbabuena se ofrecen como patrimonio de la belleza pobre pero sonriente... “¿Y no son esas cosas pequeñas las que te han hecho poeta?”, parece que le dice una voz sigilosa entre los bastidores de la conciencia.